

I

VIDA Y OBRA

1. Vida

Las principales fuentes para la biografía de Aristóteles son: la biografía de Diógenes Laercio (siglo II-III d. C.), que nos conservó también el testamento de Aristóteles, considerado unánimemente auténtico (cf. Diógenes Laercio, *Vida de los filósofos ilustres* V 1-16); la llamada *Vita Menagiana*, por haber sido publicada en 1663 por Gilles Ménage, la cual procede del biógrafo Hesiquio (siglo V-VI d. C.) y remonta a la misma fuente original que la de Diógenes, esto es, una biografía perdida del siglo III a. C.; y, por último, tres biografías del siglo V, dos escritas en griego, la *Vita Marciana* y la *Vita Vulgata*, y una en latín, la *Vita Latina*, que es traducción de un original griego. Estas últimas tres tienen una misma fuente común, que se ha perdido: la biografía escrita por un tal Ptolomeo, llamado por los árabes “el desconocido” o “el extranjero” (el-Garib), quien parece corresponder con la figura de un neoplatónico del siglo IV d. C.¹ Sobre esta base, es posible reconstruir la vida de Aristóteles, al menos en sus estaciones más importantes, de un modo suficientemente seguro.

Aristóteles nació en el año 384/3 a. C. en Estagira, una ciudad libre de Macedonia, al este de la Península Calcídica, que había sido colonizada por griegos de lengua jónica mucho tiempo antes. Su familia era de origen griego. Nicómaco, su padre, fue un médico de gran reputación, allegado a la corte macedónica y amigo personal del rey Amintas III, padre de Filipo II, el impulsor de la hegemonía macedónica y padre de Alejandro Magno. Nicómaco habría escrito varios libros sobre medicina y también un tratado de física. La madre de Aristóteles, Festis, procedía de Calcis, en la isla de Eubea, ciudad donde poseía una finca en la que Aristóteles fue a refugiarse poco antes de morir. También Festis había nacido en el seno de una familia de médicos. Bajo el reinado de Arquelaos, muerto quince años antes del nacimiento de Aristóteles, la corte macedónica se había trasladado a Pela. Allí tiene

1 Véase Bertí (1997b) p. 59.

que haber residido Nicómaco con su familia, si es cierto que estuvo en estrecho contacto con Amintas y su corte.

Todo indica que la educación de Aristóteles fue excelente, como correspondía al hijo de un médico de la corte real. Parece ser, sin embargo, que Nicómaco murió cuando Aristóteles era aún muy pequeño, ya que el niño fue entregado a la tutela de un tal Próxeno, natural de Atarneo, una ciudad griega del Asia Menor, donde Aristóteles habría vivido algún tiempo. Fue Próxeno justamente quien, a la edad de diecisiete años, lo envió a Atenas, a fin de que completara su educación. Hay quien piensa que Aristóteles habría ingresado en primera instancia a la escuela de Isócrates, lo que explicaría el carácter de sus primeros escritos sobre retórica y también algunos rasgos básicos de su posterior enfoque general de dicha disciplina.² La opinión mayoritaria considera, sin embargo, que su destino inmediato fue la Academia de Platón, a la cual habría ingresado en el año 367/6 a. C. En ese momento Platón se encontraba realizando su segundo viaje a Sicilia, de donde regresó casi tres años después, y el joven aspirante fue recibido, al parecer, por Eudoxo, un brillante discípulo de Platón. Su personalidad debió de impactar fuertemente a Aristóteles, a juzgar por el vivo recuerdo que mantuvo de ella hasta la vejez (cf. EN X 2, 1172b9-18). Aristóteles permaneció en la Academia nada menos que veinte años, hasta la muerte de Platón, en 347/6 a. C. Su estadía en la Academia coincide, pues, con el período de mayor esplendor de la escuela y con la madurez filosófica de su fundador. La atmósfera de intenso debate crítico y amplio cultivo de la ciencia que respiró por tantos años en el círculo platónico contribuyó decisivamente, sin duda, a la consolidación de su propia personalidad intelectual. En particular, la influencia del propio Platón fue decisiva para la carrera filosófica de Aristóteles, y no sólo en los comienzos, sino hasta el final. Desde el Renacimiento, sobre todo, se ha visto habitualmente a Aristóteles como el más radical opositor de Platón. Pero, a pesar de los muchos aspectos de distancia crítica, resulta mucho más justo, según lo indica ya Diógenes Laercio (V 1), verlo como su más genuino discípulo.³ A esta época de permanencia en la Academia remontan las primeras obras de Aristóteles, unas cuantas de ellas compuestas en forma de diálogo, siguiendo el modelo platónico.

2 Cf. Chroust (1973) p. 102 s.

3 Reale (1985) p. 15.

El abandono de la Academia, a la muerte de su maestro, parece conectado con el rechazo a la concepción matematizante de la filosofía defendida por Espeusipo, sobrino de Platón y su sucesor al frente de la escuela. Aristóteles partió entonces hacia el Asia Menor. La noticia transmitida por algunas fuentes según la cual lo habría hecho acompañado de Jenócrates, otro importante discípulo de Platón, ha sido puesta fuertemente en duda en los últimos tiempos.⁴ Sea como fuere, se inicia así el período de los “años de viaje” (Wanderjahre), según lo denominó el gran aristotelista W. Jaeger, el cual cubrió doce años, hasta el regreso a Atenas en 335/4 a. C. Primeramente Aristóteles se dirigió a Atarneo, la ciudad de su tutor, donde entró en relación con el tirano Hermias, un aliado del rey Filipo II, que contaba a dos ex-académicos entre sus colaboradores: Erasto y Corisco. En agradecimiento por sus servicios, Hermias entregó a ambos la ciudad de Aso, a la cual se trasladaron junto con Aristóteles. Aristóteles impartió allí lecciones, de las que Corisco debía de ser un ferviente seguidor, como lo muestra el hecho de que su nombre es empleado como ejemplo en varios pasajes de diferentes escritos, algunos de los cuales pueden muy bien haber sido utilizados como base para la enseñanza allí impartida (véase, p. ej., Fis. IV 11, 219b21; V 3, 227b32; APo I 24, 85a24; etc.). Entre los oyentes de las lecciones de Aso parece haberse contado también Teofrasto, que llegó a ser el discípulo más importante de Aristóteles y su sucesor en la escuela fundada posteriormente.

Tras una permanencia de tres años en Aso, Aristóteles se trasladó en 345/4 a. C. a Mitilene, en la isla de Lesbos, donde permaneció hasta 343/2 a. C., cuando el rey Filipo II de Macedonia lo llamó a la sede real de Mieza, cerca de Pela, para que oficiara como preceptor de su hijo Alejandro, que tenía entonces 13 años. Hay quien ve en esta convocatoria un probable resultado de la influencia ejercida sobre el rey Filipo por Hermias, con quien Aristóteles mantenía excelentes relaciones, como lo muestra el hecho de que, tras su muerte a manos de los persas, no sólo dedicó un poema a su memoria, sino que, además, tomó por esposa a una mujer llamada Pitias, hermana o bien sobrina de Hermias, la cual, al parecer, le dio a Aristóteles una hija, que recibió el mismo nombre que su madre. Sobre la relación de Aristóteles con Alejandro mucho se ha fantaseado ya desde la Antigüedad. Y en la investigación contemporánea hay quien ha visto la existencia misma de una

4 Berti (1997a) p. 7.

relación como una probable invención de fuentes tardías.⁵ Lo cierto es que poco puede saberse en detalle, más allá de que las evidencias sugieren que la relación habría sido, al comienzo, muy estrecha y, posteriormente, muy buena, al menos, durante bastante tiempo. Aristóteles, que en sus obras conservadas indudablemente auténticas nunca menciona a su excepcional discípulo, habría compuesto, según fuentes antiguas, un tratado ahora perdido, titulado *Alejandro* o *Acerca de las colonias*, y le habría dedicado también un escrito *Acerca del reino*, que tampoco se conserva. En cambio, el breve escrito titulado *Retórica a Alejandro*, conservado en el corpus y supuestamente dedicado al joven monarca, es considerado apócrifo y atribuido habitualmente al sofista Anaxímenes de Lámpsaco. Igualmente apócrifo es, según la opinión mayoritaria, el tratado *Acerca del mundo*, conservado en el corpus, el cual lleva también la leyenda “a Alejandro” como complemento del título.

La tarea a cargo de la instrucción del joven concluyó en el año 340 a. C. cuando Alejandro se asoció como regente al trono de su padre Filipo. Todo parece indicar que Aristóteles se dirigió ese mismo año a Estagira, su ciudad natal, que Filipo destruyó primero en 349 a. C., en la guerra de Olinto, en la cual derrotó a los atenienses, y reconstruyó después, aparentemente en reconocimiento al propio Aristóteles, que así se lo habría solicitado. Por esta época Aristóteles perdió a su esposa y más tarde se unió a una mujer llamada Herpilis, que había sido antes su sirviente. De ella tuvo su hijo varón, al que dio el nombre del abuelo: Nicómaco. La vuelta a Atenas se produjo recién en 335/4 a. C., cuando, tras la destrucción de Tebas en 335, los macedonios lograron quebrar definitivamente la resistencia griega. Para ese entonces Aristóteles tenía ya cincuenta años, y Jenócrates, su antiguo compañero de estudios, ocupaba, desde hacía tres o cuatro años, la dirección de la Academia, como sucesor de Espeusipo. Aunque las fuentes antiguas antes mencionadas pretenden la existencia de una estrecha relación entre ambos filósofos, lo cierto es que Aristóteles no se reincorporó a la Academia. Por el contrario, dio inicio a su propia escuela, el Liceo, así llamada por funcionar, al parecer, en un gimnasio público consagrado a Apolo Licio. La edificación comprendía un paseo o jardín, muy apto para desarrollar discusiones y exposiciones andando, una costumbre que parece haber sido de la preferencia de Aristóteles. De ahí que la escuela fuera conocida también bajo el nombre de Peripato, pues perípatos sig-

5 Cf. Chroust (1973) p. 125-132.

nifica en griego tanto como “paseo”. Los miembros de la escuela fueron llamados muy pronto los “peripatéticos”. La actividad de Aristóteles en la escuela se desarrolló durante unos doce años, en compañía de sus discípulos y colaboradores más importantes, que la frecuentaban habitualmente.

El Liceo aristotélico no puede considerarse, en su origen, una fundación institucional del tipo de la Academia, en la que Aristóteles había pasado 20 años de su vida, ya que todo indica que no fue el propio Aristóteles, que era un extranjero en Atenas y carecía de derechos plenos como para ser propietario de terrenos, quien logró dar al Liceo un carácter institucional formal, sino, más bien, Teofrasto, su más destacado discípulo y su sucesor a la cabeza de la escuela. Fue en estas condiciones relativamente precarias como Aristóteles comenzó su actividad de enseñanza pública independiente en Atenas. Es muy probable que, de todos modos, la actividad en el Liceo haya tenido desde el comienzo una cierta organización básica, dentro de la cual Aristóteles fue considerado como el primer director de la escuela, cuya sucesión, como se dijo, asumió más tarde Teofrasto (cf. Diógenes Laercio V 2, 36). En tal sentido, Aristóteles pasaba entre sus discípulos como el verdadero fundador de la escuela, aunque ésta obtuvo su estatuto formal recién después de su muerte, aparentemente a partir del 322/1 a. C., más precisamente, a partir de 317/316 a. C., cuando Demetrio de Falerón, que parece haber sido amigo y seguidor de Aristóteles, concedió a Teofrasto, extranjero como Aristóteles, un permiso especial para adquirir un terreno en las cercanías del santuario o bien incluso dentro del predio ocupado por el santuario de Apolo, el cual era lo suficientemente grande como para poder dar cabida a paradas militares (cf. Jenofonte, Helénicas I 1, 33). A partir de ese momento, la escuela adquirió una organización jurídica comparable a la de la Academia: quien ocupaba la posición de escolarca –en primer lugar, el propio Teofrasto– era el propietario jurídico de la escuela, y podía disponer libremente de las propiedades materiales, los libros, etc.

La característica más distintiva de la escuela, por contraste con las otras escuelas de la época postplatónica, debe verse, probablemente, en su marcada tendencia a una concepción abierta y enciclopédica de la investigación científica, que privilegió fuertemente el cultivo específico de las diferentes áreas del conocimiento, por sobre la conservación de un determinado núcleo doctrinal-sistemático. En cierta forma, dicho espíritu fue una continuación natural de tendencias presentes ya en el pensamiento del propio Aristóteles, cuyo estilo filosófico e intelectual se caracterizó más por el desarrollo de instrumentos conceptuales específicos, que hicieran jus-

ticia al ámbito fenoménico particular abordado en cada caso, y por el acopio de conocimiento pormenorizado, que por el intento de subsumir la diversidad de dichos conocimientos bajo grandes construcciones sistemáticas que respondieran a pretensiones omniabarcantes. Pero, sin duda, también fue decisiva en esto la influencia de Teofrasto, quien se caracterizó por su reticencia frente a la especulación y su orientación marcadamente empirista. En todo caso, durante la primera generación de los seguidores de Aristóteles, con Teofrasto y Eudemo a la cabeza, la escuela logró mantener en buena medida la amplitud característica de la enseñanza y la investigación del maestro, y llevó a cabo un importante acopio de conocimiento y material en diferentes áreas, en particular, en el ámbito del estudio de la naturaleza.

En 323 a. C. se produjo la temprana muerte de Alejandro. Para entonces Aristóteles había desarrollado ya su filosofía política, que, como se suele recordar en este contexto, contiene aspectos claramente contrarios a los intereses macedónicos. En efecto, Aristóteles considera a la Ciudad-Estado o pólis como la forma más perfecta de organización social y política, mientras que califica a los reinos que abarcan una nación entera –tales como eran Macedonia, Persia y el imperio de Alejandro– como una forma primitiva de organización, más propia de bárbaros que de griegos (cf. Pol. I 2, 1252b19-27).⁶ A ello se agrega el hecho probable de que Aristóteles se hallaba, desde bastante tiempo atrás, distanciado de Alejandro, que en el año 327 había mandado a matar a Calístenes, un pariente cercano de Aristóteles (¿su sobrino nieto?), acusándolo de conspiración, por haberse negado al gesto ritual de la genuflexión. Todo esto no bastó, sin embargo, para asegurar la posición de Aristóteles en Atenas, donde los resentimientos anti-macedonios podían expresarse ahora libremente. Esos resentimientos tienen que haber sido tanto mayores en el caso de un intelectual de gran reputación, que no sólo había mantenido estrechísimos lazos con la corte de Filipo y un aliado suyo tan cercano como Hermias, sino que incluso había participado en la educación del monarca prematuramente muerto. Justamente la vieja relación con Hermias proporcionó la excusa que buscaban quienes querían tomarse una revancha en la figura de un macedonio famoso. Alegando que en el poema dedicado a la memoria de Hermias –que es, en realidad, un Himno a la virtud, cuyo texto se conserva (Diógenes Laercio V 7)– la figura de éste era ensalzada más allá de lo que convenía a un mortal y asimilada así injustamente a la de una divinidad, se inició con-

6 Véase Berti (1997a) p. 9.

tra Aristóteles un proceso por impiedad (asébeia), tal como se había hecho con Sócrates más de setenta años antes.

A diferencia de Sócrates, un ateniense cuya fama era la de haber salido muy rara vez fuera de los muros de su ciudad, el extranjero Aristóteles abandonó entonces Atenas de modo definitivo. Y, si hay que dar crédito a lo que informa alguna fuente, habría incluso justificado esa decisión diciendo que no permitiría que los atenienses cometieran un segundo crimen contra la filosofía (cf. Eliano, *Varia historia* III 36), en directa referencia al caso de Sócrates. Aristóteles se retiró entonces a la que había sido la antigua casa de su madre en la isla de Eubea. Aproximadamente un año después, en 322/1 a. C., el filósofo muere, al parecer, de una enfermedad intestinal o gástrica, a los 62 años. En su testamento (cf. Diógenes Laercio V 12-16) designó como su heredero a Nicanor, hijo de su antiguo tutor Próxeno, a quien probablemente había adoptado. Encargó el cuidado de sus dos hijos a Teofrasto, su discípulo y sucesor al mando del Liceo, con el expreso pedido de dar a la hija Pitias en matrimonio a Nicanor, cuando ésta alcanzara la edad adecuada, o bien tomarla él mismo como esposa, si Nicanor se viese impedido. Entre otras cosas, ordenó, además, la liberación de sus esclavos, y mandó erigir en Estagira sendas estatuas para Zeus y Atenea.

2. Obra

El catálogo de las obras de Aristóteles conservado por Diógenes Laercio (V 21-27) contiene 146 títulos, y no incluye dos obras extensas y tan importantes como la *Metafísica* y la *Ética* a Nicómaco. Diógenes estima la cifra total de las líneas escritas por Aristóteles en 445.270, cifra que, sin incluir las dos obras mencionadas, correspondería a un total aproximado de 45 volúmenes de unas 300 páginas cada uno, un total del cual se conserva, a lo sumo, una cuarta parte.⁷ Contamos con tres catálogos antiguos –conservados, respectivamente, por Diógenes Laercio, Hesiquio y el filósofo Ptolomeo– que presentan una lista de los títulos de las obras de Aristóteles.⁸ Esto permite hacerse una idea de la naturaleza y, a veces, de la temática de parte de las obras que no han sido conservadas.

7 Cf. Höffe (1996) p. 22. Barnes calcula, por su parte, aproximadamente la mitad de dicho total, unas 6.000 páginas. Véase Barnes (1995) p. 9.

8 Véase Rose (1886) p. 3-22.

Las obras de Aristóteles suelen dividirse en tres grupos. El primero comprende los escritos llamados “exotéricos” (exo = “afuera”) o también “encíclicos” (enkykliós = “que está en circulación”, “accesible al público en general”), por estar destinados a la difusión del pensamiento filosófico hacia el exterior del círculo especializado de la escuela. Se trata de escritos cuya forma literaria está en consonancia con dicha finalidad y resulta, por lo mismo, más cuidada que la de los tratados de naturaleza técnica. Lamentablemente, casi la totalidad de estos escritos se perdió ya en la Antigüedad tardía. Hoy se conservan tan sólo fragmentos, que en algunos casos han permitido una reconstrucción parcial de la correspondiente obra. A este grupo pertenecen el Protréptico, un escrito de exhortación a la filosofía que ha podido ser reconstruido parcialmente, y una serie de diálogos que por su estilo y, a veces, incluso por su temática siguen el modelo platónico, tales como, por ejemplo: Grilo o Acerca de la retórica, Simposio, Sofista, Eudemo o Acerca del alma, Erótico, Político, Acerca de los poetas, Acerca de la filosofía, Acerca de la justicia.

El segundo grupo corresponde a recopilaciones de material de investigación de diferente tipo y amplitud: opiniones de filósofos precedentes; materiales para el estudio de la naturaleza, especialmente de zoología; dichos y refranes; etc. A este grupo pertenece el escrito titulado Constitución de los atenienses, que formaba parte de una colección de 158 constituciones realizada por Aristóteles junto con colaboradores de la escuela.

Por último, el tercer grupo de escritos comprende los tratados de tipo técnico (pragmatéiai), también llamados escritos “esotéricos” (eso = “adentro”), por estar destinados al uso en el círculo especializado de la escuela. A este grupo pertenecen las obras conservadas, que en su gran mayoría son compilaciones de materiales empleados como base para la actividad docente. Esto se refleja en la textura de los escritos, que, probablemente con la sola excepción del caso de la Historia de los animales, no son tanto textos para ser leídos cuanto, más bien, apuntes para apoyar la exposición oral del propio autor. Esta circunstancia explica algunas de las características más salientes de los textos aristotélicos, que tanto contribuyen a dificultar su comprensión, como, por ejemplo, su carácter marcadamente sintético, a menudo casi telegráfico y muy frecuentemente elíptico.

Los escritos técnicos conservados, que configuran la parte sustancial de lo que hoy se conoce como el corpus aristotélico, hacen un total de 47, entre los cuales se cuentan, sin embargo, algunos considerados actualmente como inauténticos y otros de autoría dudosa. Dentro del conjunto del corpus los escritos están dis-

puestos en una secuencia que responde a criterios de organización sistemáticos y, a la vez, didácticos. Todo indica que dicha organización remonta no al propio Aristóteles, sino a los primeros editores de sus obras. Más concretamente, todo parece indicar que el primer organizador y editor de los escritos fue Andrónico de Rodas (s. I a. C.), un filósofo y erudito radicado en Roma, que, según una noticia que remonta al geógrafo Estrabón (cf. Geografía XIII 1, 54), habría quedado a cargo de los escritos, después de que Sila los hiciera trasladar a Roma, tras la ocupación de Atenas por los romanos en el 84 a. C.⁹ No puede descartarse de plano, sin embargo, que los criterios que presiden la ordenación de los escritos remonten, al menos parcialmente, a los discípulos directos de Aristóteles en el Peripato. No contamos, lamentablemente, con criterios suficientemente seguros que permitan un ordenamiento cronológico detallado de los escritos conservados en el corpus. El carácter mismo de los escritos, que en su mayoría tienen la forma de apuntes y papeles de trabajo, dificulta enormemente el establecimiento de dichos criterios. Sin embargo, desde los trabajos pioneros de W. Jaeger,¹⁰ y más allá de los muchos puntos de detalle sujetos a controversia, la investigación especializada ha logrado establecer, cuando menos, algunos hechos específicos concernientes a la datación absoluta de ciertos escritos como así también ciertos lineamientos generales concernientes a la distribución relativa de parte de las obras fundamentales, correlacionando tentativamente la fecha de su composición con las etapas más importantes de la vida del autor.¹¹ En todo caso, y sin negar la presencia de una evolución claramente observable en muchos aspectos del pensamiento de Aristóteles, las consideraciones de tipo cronológico no proveen, contra lo que el propio Jaeger pretendió establecer, una clave decisiva para la correcta interpretación filosófica de los escritos aristotélicos.

El primer grupo de escritos contenidos en el corpus comprende los tratados de lógica y lleva el título general de *Organon*, debido, según piensan algunos, a miembros de la escuela peripatética que estaban familiarizados con la filosofía estoica (¿Alejandro de Afrodisia?) o bien, como piensan otros, al propio Andrónico de Rodas. En todo caso, dicho título genérico refleja la convicción –seguramente tardía y derivada de un debate que podría remontar al estoico Posidonio (s. II a.C.)–

9 Para la historia de la conservación y el traslado de los escritos aristotélicos a Roma, véase el buen resumen en Düring (1990) p. 70-80.

10 Véase Jaeger (1923).

11 Para una síntesis, véase Düring (1990) p. 81-93.

según la cual Aristóteles habría concebido a la lógica como una herramienta o un instrumento del saber científico-filosófico, más bien que como una parte sustancial de éste. Por cierto, es altamente discutible y probablemente incorrecto que el propio Aristóteles haya asumido una concepción puramente instrumentalista de la lógica. Sea como fuere, las obras contenidas en el Organon son: Categorías, tratado cuya autenticidad ha sido puesta en duda en tiempos modernos, Acerca de la interpretación, Primeros Analíticos (2 libros), Segundos Analíticos (2 libros), Tópicos (8 libros) y Refutaciones Sofísticas, escrito que puede considerarse una suerte de apéndice o libro adicional de Tópicos.

Sigue a continuación el grupo de los escritos de filosofía de la naturaleza, cuya secuencia es: Física (8 libros), Acerca del cielo (4 libros), Acerca de la generación y la corrupción (2 libros), Meteorológicas (4 libros, de los cuales el cuarto es considerado mayoritariamente como apócrifo) y Acerca del mundo, un breve tratado que es tenido actualmente de modo casi unánime por inauténtico y que debe ser datado probablemente en el s. I. a. C., pues muestra signos de la influencia del filósofo estoico Posidonio de Apamea. A los escritos de filosofía natural siguen, sin solución de continuidad desde el punto de vista sistemático, los escritos que abordan aspectos de la psico-biología, en el sentido que apunta a los fenómenos psicofísicos característicos de los seres vivos, y de la zoología. Entre los primeros se cuentan Acerca del alma (3 libros) y la colección conocida como Breves Tratados de Historia Natural (Parva Naturalia), que comprende los siguientes escritos: Acerca del sentido y lo sensible, Acerca de la memoria y la reminiscencia, Acerca del sueño, Acerca de las visiones de los sueños, Acerca de la adivinación a través del sueño, Acerca de la longitud y la brevedad de la vida, Acerca de la vida y la muerte, y Acerca de la respiración. El breve tratado Acerca del soplo vital (De spiritu), que sigue inmediatamente en el corpus, es considerado apócrifo y data probablemente de mediados del s. III a. C. Por su parte, las obras zoológicas son: Acerca de las partes de los animales (4 libros), Acerca del movimiento de los animales, Acerca de la marcha de los animales y Acerca de la generación de los animales (5 libros).

A continuación se encuentra una serie de obras consideradas inauténticas que tratan de diferentes problemas diversos vinculados con la filosofía natural, a saber: Acerca de los colores, Acerca de las cosas audibles, Fisionomía, Acerca de las plantas, Acerca de las cosas sorprendentes que se oye decir, Mecánica, Problemas físicos, Acerca de las líneas indivisibles, Acerca de la situación y nombre de los vientos y Acerca de Meliso, Jenófanes y Gorgias.

Sigue a estos escritos el importantísimo conjunto de tratados conocido bajo el nombre de *Metafísica*, en 14 libros, algunos de los cuales no están libres de sospecha respecto de su autoría. Tal es el caso del libro II, conocido como *Alpha minor*, un texto muy breve y de dudosa autenticidad, cuya autoría es puesta en duda ya en diversas fuentes antiguas y atribuida muchas veces –aunque sobre la base de evidencias escasas y discutibles– a Pasicles de Rodas, sobrino del filósofo peripatético Eudemo.¹² Por su parte, el libro XI, el libro *Kappa* según la denominación griega, de cuya autoría también se duda, es un collage de pasajes tomados de los libros II, IV y VI y también de la *Física*. Según una tradición muy difundida desde la Antigüedad, el título *Metafísica* procedería de Andrónico y reflejaría su desconcierto frente al contenido de los tratados agrupados en el libro, a los que, a falta de mejor nombre, habría designado simplemente como *tà metá tà physiká*, que equivale a “las cosas –es decir aquí: los escritos– que vienen después de las cosas físicas”. El título que daría posteriormente el nombre a una de las disciplinas filosóficas fundamentales tendría, según esto, un origen meramente bibliotecológico. Sin embargo, esta versión del origen del nombre del tratado ha sido puesta fuertemente en duda en el siglo XX, pues si bien Aristóteles no emplea jamás el término “metafísica” en sus escritos, hay buenas razones para creer que éste puede haber surgido en el círculo de la escuela, en tiempos algo posteriores a su fundador, y que tendría, por tanto, relación con el contenido de los tratados, y no con su mera ubicación en el conjunto del corpus.¹³

El siguiente grupo de escritos contiene los tratados dedicados a la filosofía práctica, un conjunto considerablemente extenso, por cierto, que contiene obras de gran importancia. Hay tres obras dedicadas a la ética: *Ética a Nicómaco* (10 libros), *Gran Ética* (2 libros), así llamada por estar escrita en rollos más grandes y no por ser de mayor extensión, la cual es considerada mayoritariamente como inauténtica, y *Ética a Eudemo* (5 libros, aumentados a 8 por medio del agregado de tres libros comunes con la *Ética a Nicómaco*). Junto a estas tres obras está agrupado también un breve tratado *Acerca de las virtudes y los vicios*, que es considerado habitualmente como inauténtico. En este mismo grupo se incluyen las obras dedicadas a la política y la economía. Entre ellas, la más importante es el escrito titulado *Política*

12 Véase Vuillemin-Diem (1983).

13 Véase Reiner (1954); Reiner (1956). Para una discusión del alcance del título dado a estos escritos, véase Aubenque (1962) p. 28 ss.

(8 libros), que, al menos en las versiones que se han conservado, constituye, tanto desde el punto temático como literario, la continuación de la *Ética a Nicómaco*. Sigue, por último, la obra titulada *Económica* (3 libros, de los cuales el último está conservado sólo en versión latina). Esta última obra es considerada apócrifa.

Un último grupo de escritos está conformado por obras que tratan diversos temas del ámbito propio de la filosofía de la actividad técnica o productiva. Aquí se incluyen el tratado titulado *Retórica* (3 libros), obra que en importantes aspectos guarda conexión con la temática de los escritos principales del *Organon* y, por otro lado, también con los tratados de ética. A ella se añaden el escrito apócrifo titulado *Retórica a Alejandro*, y finalmente el tratado *Poética* (2 libros, de los cuales sólo se conserva el primero).

A estos escritos se añadió en tiempos modernos el tratado *Constitución de los atenienses*, cuyo texto fue recobrado en 1890 gracias al hallazgo por F. G. Kenyon de una versión escrita en papiros egipcios conservados en el Museo Británico.

La primera edición (editio princeps) del corpus como conjunto es la realizada por Aldo Manucio en Venecia entre 1495 y 1498, que, por supuesto, no reúne aún las condiciones de una edición crítica en el sentido actual. La primera edición crítica del corpus fue realizada en 1831 por I. Bekker para la Academia de Ciencias de Berlín y luego completada con volúmenes adicionales. Aunque la mayoría de los textos contenidos en ella han sido superados desde el punto de vista crítico y reemplazados en el uso por ediciones realizadas posteriormente, la paginación de la edición de Bekker es la que se sigue empleando como base para el método estandarizado de citación de las obras de Aristóteles. Esta edición consta, en total, de cinco volúmenes. Los dos primeros, editados por el propio Bekker, contienen las obras conservadas de Aristóteles. El tercer volumen, editado originalmente por V. Rose en 1870 y reeditado en 1987 en una versión completamente nueva por O. Gigon, contiene la colección de los fragmentos de las obras perdidas. El cuarto volumen, editado en 1836 por C. A. Brandis, contiene los escolios, es decir, los comentarios marginales realizados por lectores antiguos de los escritos aristotélicos. Por último, el quinto volumen, aparecido por primera vez en 1870, contiene el llamado *Index Aristotelicus*, un léxico que contiene los términos más importantes del lenguaje aristotélico y distingue sus diferentes usos y significados. Este léxico, que constituye hasta el presente un instrumento de trabajo imprescindible para el estudio especializado de Aristóteles, es obra del gran filólogo y aristotelista alemán H. Bonitz.

Según se ha dicho, para el citado de las obras de Aristóteles se emplea como base la paginación de la edición de Bekker. Esta edición presenta el texto aristotélico dispuesto en dos columnas –convencionalmente designadas por medio de las letras “a” y “b”, respectivamente–, cada una de las cuales tiene hasta un máximo de 44 líneas. Para citar un pasaje de una obra de Aristóteles se procede, pues, del siguiente modo. Se indica primero el título de la obra y a continuación, si se desea, el libro, en números romanos, y el capítulo correspondiente, en números arábigos; luego, eventualmente tras una coma, se indica el número correspondiente a la página de la edición de Bekker, seguido de la indicación de la letra correspondiente a la columna, y, de ser necesario, el número de las líneas que comprende el pasaje. Así, la cita completa de un pasaje podría ser, por ejemplo: Física I 7, 190a13-17. De un modo más económico puede citarse el mismo pasaje como sigue: Fís. 190a13-17.

Puesto que éste es el único modo universalmente aceptado para el citado de las obras de Aristóteles, se recomienda a quien esté interesado en un estudio serio de este autor no adquirir ni emplear ediciones y traducciones que no consignen la paginación correspondiente a la edición de Bekker. Las buenas ediciones suelen indicar la numeración correspondiente en los márgenes externos de las páginas. Si bien la sola presencia de la indicación de la paginación de Bekker no garantiza, desde luego, la calidad científica de una edición o traducción, también es cierto que sólo ella posibilita su citabilidad y la confrontación con otras ediciones o traducciones diferentes. Por ello, la presencia o ausencia de la indicación de la paginación de Bekker puede considerarse una condición previa e imprescindible, a la hora de evaluar la posibilidad de adquirir o emplear una determinada edición o traducción de un escrito de Aristóteles.

